869.308
Ed 41
no. 32

Nº. 32

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

DIRECTOR: Leopoldo Durán

EDUARDO WILDE

MAR AFUERA

The Library of the
JUN 28 1982
University of Illinois
at Urbana-Champaign

BUENOS AIRES
1918

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MÍNIMAS

El libro del sendero y de la línea recta de Lao-Tsé. Traducción de Edmundo Montagne. En estas breves páginas está la visión mental honda y llameante de uno de los espíritus de más singular y duradera resonancia que cuenta en sus páginas la historia humana. El inmortal ermitaño chino revela en breves y expresivos pensamientos, en fórmulas de extremada concisión, un concepto muy personal del universo y de la vida, un panteismo muy original que a veces resulta algo obscuro y confuso....
F. García Godoy. «El Adalid» Santo Domingo. Mayo 11 de 1916

***

La Biblioteca de Ediciones Mínimas, cuya dirección está acertadamente encomendada a don Leopoldo Durán, acaba de publicar en su cuaderno núm. 30 el delicioso cuento de Anatole France, "Crainquebille". La historieta del pintoresco vendedor de legumbres, víctima de la perfección humana, ha sido considerada con razón por célebres críticos como una de las páginas más brillantes del admirable novelista de "Le lis rouge".

En efecto, por el realismo crudo de sus escenas, matizadas por esa ironía delicada y sutil que no es a veces —como el propio France lo ha dicho— más que la expresión de su dolor o de su ternura, y narradas en ese estilo suyo inconfundible, lleno de vigor y de belleza, "Crainquebille" pudiera señalarse como un tratado de filosofía, sonriente y amarga al mismo tiempo, de la justicia y de la moral entre los hombres. Por ello, es plausible la elección de este relato para uno de los cuadernos de "Ediciones Minimas", que cumple así sus propósitos de alta cultura, difundiendo las obras de los más preclaros maestros europeos y americanos. "Buenos Aires", Capital Federal, Septiembre 1 de 1918.

***

Ediciones Mínimas, biblioteca que está realizando una buena tarea de divulgación literaria, acaba de publicar las cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcoforado. Célebres son estas cartas, cuya autenticidad se ha discutido muchas veces. Tienen ingenuidad, sencillez, pasión, un penetrante análisis psicológico y una sinceridad tal, tan desnuda de artificio, que conmueve. La pobre Mariana Alcoforado amó mucho, expresó muy bien sus crueles congojas; pero, aun con tanta belleza, nos desilusionó. No murió de amor, como la desdichada Elvira de don Félix de Montemar y como las heroínas de los poemas románticos. Aun consumiéndose de amor llegó a cumplir nada menos que ochenta y tres años.

Las "Cartas Amatorias" son un monumento literario y de introspección que merece conservarse en todas las bibliotecas. El Diario. Buenos Aires, 18 septiembre 1917.

MAR AFUERA, POR EDUARDO WILDE.

EDICIONES MÍNIMAS.

BUENOS AIRES. MCMXVIII.

El autor de estas páginas ha sido acaso el escritor argentino de mayor valía menos conocido fuera y dentro de nuestro país. Su labor en la literatura, intermitente y fragmentaria, fué realizada hurtándole horas a esa cosa inmunda que se llama política y que le amargó la vida hasta su rendición, en Bruselas, el 4 de septiembre de 1913. Cuatro libros: TIEMPO PERDIDO, PROMETEO Y CÍA, POR MARES Y POR TIERRAS y AGUAS ABAJO, póstumo este último, suman la obra que realizó y compendian la que pudo realizar si hubiera consagrado las actividades de su talento a la vocación exclusiva de las letras. Pero, a pesar de todo, su producción está acuñada por el troquel de una individualidad tan profundamente original que no tiene antecedentes de filiación literaria. La agudeza nativa mezclada al «humour» inglés, formaban en él una amalgama rara y perfecta que, en sus apreciaciones sobre hombres y cosas, daba por resultado el hallazgo de inesperados y nuevos aspectos. La observación directa le hizo conocer la contradicción que existe entre la manifestación y el móvil de muchos hombres. Todo esto y la introspección analítica despiadada de su propia alma, diéronle la oportunidad de aplicar el don de su ironía. Y así notamos a través de sus escritos que, bajo la máscara volteriana, dejaba escapar a veces una lágrima furtiva.

Si no recordaramos un opúsculo firmado por Anibal Norberto Ponce que contiene un ensayo crítico—meritísimo como tal,—sobre Eduardo Wilde, diríamos que el gran escritor nuestro aun espera el estudio que su obra merece.

MAR AFUERA

I. El viajero que se despide y se va.

ES incalculable la cantidad de tontos que hay en el mundo a juzgar por los que yo he encontrado en el camino, y entre cuyo número me cuento; viajeros como yo, por gusto, y sin maldita la razón que los obligue a viajar, en vez de estarse metidos en su cuarto, en su tierra, tranquilos y descansados.

Cuando oiga usted decir que los viajes son tan buenos, no crea una palabra, a menos que usted sea dueño de algún hotel, de algún buque, ferrocarril o almacén de maletas y necesarios con navajas de barba para los que no se afeiten y cepillos empedernidos que no salen de su estuche a dos tirones.

Tanto vale decir que es bueno sufrir, incomodarse, marearse, asolearse y exponerse uno a que lo estrujen, lo alcen, lo bajen, lo acomoden, lo apuren y lo reglamenten.

Comience, si quiere convencerse de la verdad de mi juicio, por recordar que apenas anuncia usted en su pueblo su intención de viajar, divide a sus relaciones en dos bandos: uno que aprueba el viaje y otro que lo condena; llegando con tal motivo a hacerlo tema de conversación, punto del cual no sale usted sin dejar un buen pedazo de la piel.

Por fin los bandos se uniforman y declaran indispensable el viaje proyectado, respondiendo a esta idea: cuanto menos bulto, más claridad; y desgraciado de usted si no se va pronto o si resuelve quedarse, porque

entonces verá pintada en el rostro, aun de sus mejores amigos, la desazón que les causa su demora o su cambio de idea.

—¿Cómo? ¿No se va? ¿Y para qué dijo que se iba? Pues hombre, ¡vaya una ocurrencia!

Así, el que anuncia un viaje debe irse, pues sus conciudadanos hechos ya a la idea de verlo marcharse, son capaces de armarse para echarlo a palos si no se va motu proprio.

SUCEDE en estos casos lo que con los enfermos graves que durante mucho tiempo si no se mueren causan un serio disgusto a los amigos, a los relacionados y a una parte de la familia, pues era ya cosa resabida que el enfermo se moría y todos se hallaban resignados a soportar tan irreparable desgracia. Los empresarios de las pompas fúnebres, los vendedores de cajones de difuntos, los dueños de caballerizas y los tenderos de "La Cruz", especialidad en géneros de luto, se ven afectados en sus intereses y tienen razón de irritarse contra el enfermo que no se ha muerto; y lo mismo les sucede a los herederos, salvo error u omisión; pero lo que difícilmente se comprende si no se escudriña bien, cuánto hay de insólito, de cumplido y de misterioso, en la composición de los sentimientos humanos, es el furor de los amigos, por el chasco que reciben ellos, que ya se habían compuesto una cara dolorida para la circunstancia y habían mandado limpiar sus levitas cruzadas de paño negro.

LAS impresiones de despedida al emprender un viaje por mar, se han modificado mucho en los países en que es necesario ir a tomar el gran buque a los quintos infiernos, gracias a las incomodidades que los acompañantes y el acompañado experimentan en la travesía. La lucha entre el corazón y el estómago se establece y el último vence. Mejor, así se diluye el sentimiento y los viajeros ahogan sus lágrimas para agitar sus pañuelos saludando a los parientes que vuelven a tierra.

¡Solo en el buque! ¡Fenómeno curioso! La sensación que invade a cada viajero es la del abandono al entrar en su camarote, aun cuando sepa que va a tener como amigos a las pocas horas, a los 500 pasajeros que se hallan a bordo. La casa flotante, desconocida, llena de olores extraños, el movimiento de bagajes, la confusión de voces, los pedazos de frases que uno oye a los que se despiden de prisa y encargan algo a sus acompañantes, el afán de cada uno por acomodar sus maletas, la imposibilidad de ocuparse metódicamente en cosa alguna, el ansia porque todo concluya y comience a caminar el buque, la distracción con que uno contesta a los que le hablan, la falta de coordinación de las ideas, cierto malestar intranquilo que se sufre por no saber lo que uno ha olvidado, pero calculando que es mucho, y lo más importante; el espectáculo que ofrecen todos los que se embarcan, medio atontados y egoísticamente ocupados de sí mismos, sin miramientos para los otros y sin la cortesía y la buena educación de tierra; los gritos de las criaturas que protestan contra la estrechez y los de las gallinas, patos y gansos izados en proporciones colosales, para ser comidos a bordo; la mezcla de visiones, ruídos y olores... todo el conjunto, en fin, de esas escenas nuevas, produce una sensación de soledad, de abandono, de angustia y de temor, que es necesario experimentar para conocer.

ALLA a lo lejos se ve a los buques de vapor o de vela pequeños, que se llevan a tierra a los amigos, mientras uno va temeroso a reconocer el "ojo de buey" de su camarote, que miró como una amenaza al acercarse al gigantesco navío, ojo de buey que no sé cómo se llama así, siendo una simple ventana que da al río o al mar, destinada a meter la luz y la fotografía del horizonte y de las olas a la celda pequeña del pasajero mareado, que en la travesía pierde desde el deseo de la propia conservación, hasta el pudor y la dignidad, cuando el buque se mueve mucho, cabeceando o rolando sobre la borda.

Llega la hora de comer (todos quieren comer haciéndose los guapos), se sientan a la mesa guardando un afligente aplomo; la conversación se anima entre los

habituados; una que otra palabra sale también de los labios de los novicios; pero poco a poco una seriedad náutica va extendiéndose sobre los rostros, el bullicio se apaga, sólo continúa el ruído de los platos y cada uno de los comensales comienza a ver entre nubes y celajes a sus compañeros; ve subir y bajar al de enfrente, ponerse pálido al de al lado, levantarse al de más allá y salir tambaleando como un cadáver ambulante, en busca del aire de cubierta, para librarse de lo que no se librará en todo el viaje, de su estómago, de su cabeza, del mareo que remueve y lacera como todas las dolencias juntas, como todos los pesares, como la suprema fórmula de todas las ansiedades humanas.

La conciencia de la personalidad se pierde, la vista se obscurece, los ojos miran al infinito mil vaguedades sin forma, y a cada hundimiento, levantamiento o inclinación de la casa flotante, siente uno que el universo se confunde, las estrellas bambolean, el firmamento se viene abajo y cae como una mole para aniquilar las percepciones del viajero miserable, que haría de buena gana un contrato para que el diablo se llevara su alma, con tal que el buque se fuera a fondo en el abismo.

Y luego vienen los consoladores de a bordo, los que no se marean, con sus consejos irritantes, con sus ofertas de comida, con su presencia satisfecha que parece una burla, con su pie marino, odioso para el que no puede moverse, en tanto que sobre cubierta aumenta el tendal de enfermos olvidados de sí mismos, maldiciendo la hora en que nacieron y esperando en vano un momento de quietud, por misericordia, una cesación de vaivén eterno que el barco ejecuta sin piedad, sin conmiseración, sin tregua ni reposo, como un enemigo sarcástico y cruel que se complace en el tormento de sus víctimas.

Con qué placer renunciaría uno a su estómago, a su cabeza, a su existencia misma, a su presente y a su porvenir, en aquel mar de sufrimientos en que se ahogan hasta los recuerdos más queridos y las más tiernas ilusiones.

Todo parece cambiado, cada cosa tiene gusto a otra desagradable; las sensaciones están como forradas en algodón; uno tiene el alma colchada, obtusa, negra, obscura; el pobre cuerpo está demás; los brazos incomodan,

las piernas deberían estar en otra parte; la nuca atormenta, no tiene uno frente y la lengua es un trapo espeso, pastoso, impropio para la articulación. Si alguien viniera y recogiéndolo a uno con una pala lo echara al mar, haría una obra buena que el mareado agradecería y encontraría natural.

El horizonte sube y baja, se ladea y simula buscar un acomodo que no encuentra y el golpe de las olas, metódicamente desordenado, sobre los flancos de la insoportable embarcación, marca los compases del sufrimiento más intenso, minuto inacabable, que parece una agonía sin principio ni fin, en medio de un baile de todas las cosas, atolondrada y tontamente ejecutado dentro de una atmósfera de embriaguez envenenada.

II. Donde el viajero continúa experimentando las delicias de la travesía y los encantos de a bordo.

LOS personajes del buque desfilan como los del teatro, metamorfoseados: los que vinieron con un sombrero alto y levita, tienen ahora gorra y saco.

Jamás he visto mayor colección de gorras, con orejas y sin orejas, negras, blancas, grises, azules, con visera o sin ella. Las mujeres, —retiro la palabra,—las señoras casadas y las niñas solteras, han cambiado esos increíbles aparatos que se plantan en la cabeza, por casquetes y otros adornos que les sientan generalmente mal, contra su opinión. En un abrir y cerrar de ojos todas las personas que uno ha conocido en tierra o ha visto y tenido como sujetos cuerdos, aparecen con un traje que jamás usaron y que les da el aspecto más extraño, un poco grotesco y ridículo.

Esta trivialidad de vestirse especialmente para estar en un buque, no se explica ni se entiende, pero es una necesidad. No le creen a uno que se ha embarcado, si no lleva la librea de a bordo y lo raro del caso es que todos, viejos y jóvenes, mujeres y niños, imaginan que están adorables con su nuevo traje.

Pero el primer día no tiene uno tiempo de fijarse en estas menudencias; apenas si se da cuenta de cuantos conocidos hacen el viaje. El camarote atrae; la cama,

a pesar de su estrechez y de sus almohadas cilíndricas, ¡no sé por qué! y duras como almas de jueces, convida al reposo y uno se acuesta en ella con el cuerpo molido, el alma molida y la cabeza en torbellino, a rumiar sus recuerdos, a dejar pasar como visiones las escenas de los últimos momentos, las despedidas, los llantos, los apretones de manos mecánicos, los sentimientos sinceros, el panorama de la dársena, el pasaje de los coches que lo trajeron a ella, algún accidente insignificante que se ha grabado en la memoria, porque se le ha dado la gana, tal como la capa de goma del cochero, con un ojal roto, o un vendedor de lámparas que se encontró al paso, y sobre todo, sobre todo, y bien sobre todo, a masticar con una especie de tristeza apurada, la incertidumbre del porvenir obscuro, vacilante, medio amenazador por lo desconocido y presentando como hechos hostiles todos los que van a ocurrir en las ciudades y comarcas a las que uno se dirige y en las que las gentes extrañas que será forzoso tratar, se perfilan con una silueta enemiga, interesada, agresiva contra el extranjero sin defensa.

UNA impresión de la mente humana, innata en ella, nos hace perder el aplomo entre extraños y calcularles sobre nosotros mayores derechos que los nuestros sobre ellos. Así, la ignorancia de las costumbres nos hace suponer que toda exigencia es legítima y toda resistencia de nuestra parte un atentado; ese falso concepto es la base de la explotación universal del indígena sobre el viajero, a menos que el último sea un cumplido caballero de industria.

Todas estas ideas, juicios, recuerdos e incidencias, bullen en la cabeza sobre el cilindro duro que está debajo, martirizándole a uno la oreja, mientras el camarote, siguiendo las oscilaciones del buque, cabecea, o rola alrededor de un eje desconocido. La onda amarga, nombre poético de esos seres fugitivos y desagradables que se llaman olas, ha comenzado a golpear los flancos del barco, produciendo un ruído de flagelación con trapo mojado, ruído isócrono que incita al sueño, pero que no deja dormir.

Las visiones, los recuerdos e incidencias continúan

pasando a compás de las olas bulliciosas; la monotonía del movimiento y de los tonos líquidos, sólo se altera por alguna voz que llega de los que aún no se han acostado o algún estremecimiento causado por las cadenas que se arrastran o por la salida de la hélice en una inmersión desatinada de la proa, que ha metido demasiado las narices en el Océano.

Los pasos cadenciosos de los guardianes sobre cubierta traen la noticia de que alguien vigila, sufriendo las ráfagas del viento, en el silencio de la noche, mirando el horizonte obscuro o contemplando las estrellas del firmamento que caminan pestañeando su luz al menudeo, con la imperturbabilidad de los astros lejanos a quienes no les ha llegado aún la noticia de que uno se ha embarcado y que está bien y debidamente estibado, junto con sus recuerdos, en una célula flotante y sobre una cama con costillas.

LA noche va haciendo su camino arrullada por las olas; cada uno en su camarote pasa revista a sus impresiones, las cuenta, las clasifica y elige como tema de sus meditaciones náuticas más importantes o que más le muerden el corazón: regularmente las reminiscencias tiernas, las amistades masculinas o femeninas que deja, las esperanzas, las desolaciones y las dudas melancólicas que le aprietan las hojas del alma, como si fueran papeles sobre una mesa, para que no se vuelen bajo la presión de un objeto pesado.

Y haciendo coro a esta falange de imágenes, se hacen sentir inquietantes las pulsaciones de las máquinas, corazón del transatlántico, que durante cientos de horas, canta constantemente su romanza monótona: pon, pon; pon, pon: con sonido de aire metálico, inspirando lástima, estremeciendo, deleitando y afligiendo a los que a través del ruído cadencioso ven el trabajo titánico de los fogoneros, metidos en el infierno, acarreando carbón, arrojándolo con las palas en las bocas de las hogueras insaciables, hambrientas; y todo para que cada émbolo entre y salga como un loco envuelto en aceite en el cuerpo de la bomba y haga disparar desatinos, un juego completo de manubrios que como músculos gigantescos y lucientes, dan vueltas vertiginosas, reci-

biendo por dosis homeopáticas la extremaunción que una mecha embebida les suministra al paso, para traducirse al exterior en un aleteo formidable de las hélices.

NO sé si se duerme o si se está despierto en las noches de a bordo; la vigilia parece un entresueño y el sueño una inconsciencia durante la cual se advierten por fajas y a retazos los acontecimientos cerebrales. Lo cierto es que a la hora en que uno se cree despierto, lo primero que oye es el rumor del sístole y diástole de la máquina; única noticia que uno cuenta por el momento para saber que no está en su casa. Luego, el viajero, si es avisado, se incorpora y ve por la ventana el mar, igual exactamente al que dejó la víspera en el mismo sitio, salvo una que otra variación de color que depende del cielo, de la profundidad del agua o de lo que Dios quiera.

TODAS cuantas descripciones he oído o he leído del mar, son mentira.

El mar no tiene color ni forma determinada; alterado, tranquilo, tormentoso, con olas chicas o colosales; azul, plomizo, celeste, parduzco, verde claro u obscuro; con o sin espuma, el mar, según mi experiencia, es una grande extensión de agua caprichosa, caracterizada especialmente por la ausencia de toda variación y de toda monotonía y por la falta absoluta de pescados.

¡Qué barbaridad!, van a decir los lectores, si los tengo; pero yo los pondría en mi caso y les preguntaría su opinión, después de veinte días de navegación en que ni por asomo hubieran visto alma viviente en tres mil leguas de agua, alma de pescado, se entiende.

Los que cuentan sus viajes, dicen:

"El buque seguido constantemente por innumerables tiburones"; mentira: no he visto un sólo tiburón, y si no contara con más que mi viaje para conocer a esos caballeros, no sabría de ellos una palabra.

"Se ven a lo lejos las columnas de agua que arrojan las ballenas y muchas veces acompañan ellas por leguas y leguas a las embarcaciones": mentira: no hay tales

ballenas; estos estimables cetáceos se han hecho notables por su ausencia, durante nuestra travesía.

"Enjambres de toninas y mil variedades de pescados acuden al costado del navío"; mentira: no hay tales enjambres ni tales toninas, ni más variedad de peces que los que uno se imagina, recordando los libros de historia natural en que estudió.

Un pasajero dijo que había visto un tiburón o una ballena y todos lo tomaron por loco.

A mí me pareció ridículo estar en el mar, hacer una travesía de 20 días, detenerme en los puertos, recorrer las bahías y no ver un sólo pescado, pero ni uno solo; apelo al testimonio de los pasajeros todos, cuya nómina pueden ver ustedes en la agencia de las Mensajerías Marítimas, calle Reconquista. Digo, pues, que me pareció ridículo vivir un mes casi en el mar sin ver pescados, y no queriendo tener que contar tan extraordinario e increíble acontecimiento, allá a la altura del día número 19 de navegación, pedí una caja de sardinas, llamé a todos los pasajeros, procedimos a abrirlas con toda solemnidad y fueron esas excelentes y populares conservas los únicos pescados que vimos en el océano Atlántico.

EN cambio, el mar, inmenso, infinito, asombraba y entristecía con su inacabable extensión; el mar, siniestro durante la noche, alegre y chispeante en las horas del día, luminoso y fresco a la madrugada, amontonaba sus olas alrededor del buque, dejándose hender por la quilla en el rumbo elegido hacia el horizonte, que, hilvanado al cielo y haciendo causa común con él, no daba señas de concluirse jamás.

De tiempo en tiempo una ola marmorada se quebraba en la borda y salpicaba con su cabellera desmenuzada la base de los mástiles, rociando la cara de los paseantes de cubierta, algunos de los cuales llegaron a probarla, encontrándola salada, lo que no es raro. Pero sí lo es, que a la Divina Providencia se le haya ocurrido disolver tanta sal en uno solo de los elementos de la naturaleza y se le haya olvidado enteramente echar un poco siquiera en ciertos comestibles, que bien lo han menester, tales como los huevos, por ejemplo, a los

cuales yo, a ser Dios, les habría puesto una buena cantidad, con gran solaz y contentamiento de los hombres afectos a comerlos fritos, escalfados o pasados por agua.

Demás está decir que con tal comportamiento habría quizá podido dejar potables las aguas de algunos mares, vista la enorme cifra de huevos que hoy consume la humanidad.

Algún defensor de estas irregularidades o extravagancias de la naturaleza podría tal vez objetar que la sal en los huevos sería perjudicial a los futuros pollos, pero esa objeción se contesta con esta observación admitida por todas las academias del mundo: que a los pollos, para comerlos, hay que echarles sal.

Nadie tomará a mal, supongo, esta pequeña disidencia entre el autor de los mundos y yo, viviendo en un país demócrata que consagra la libertad de conciencia, el voto popular y otras hierbas. Debo confesar, sin embargo, y por vía de disculpa, que a nadie se le puede juzgar por un detalle, y que si el Creador del Universo fué poco previsor al hacer la distribución del cloruro de sodio y cometió otros errores, tales como no ponernos uno o dos ojos en la nuca, que tan útiles nos serían, y hacer llover en el mar, lo que es verdaderamente una tontería, en cambio ha hecho otras cosas que son muy agradables y muy buenas: la religión, por ejemplo, y las ostras frescas.

BIEN visto, embarcarse es una temeridad, pero una vez a bordo nadie piensa en el peligro que corre, quizá porque ese peligro es de cada momento, de cada segundo. El buque puede hundirse por mil causas, incendiarse, perder sus velas o su máquina. El comandante, jefe absoluto, puede volverse loco, el piloto equivocarse y estrellarnos contra las rocas, la tripulación rebelarse y emprenderla con los pasajeros. No sé cómo no se muere uno de miedo al calcular que si cae al mar está irremediablemente perdido, ya sea porque se ahogue, pues de nada le serviría nadar aunque pudiera, una, dos o más leguas, que no son distancias apreciables en la inmensa extensión, ya porque se lo coman los voraces carnívoros que habitan, según dicen, el lí-

quido elemento, caso en el cual seguro está cualquiera de pasar un mal rato, visto que ni la esperanza le quedaría de ser conservado como San Jonás en el vientre de una ballena, pues por los tiempos que corren las ballenas, calvinistas, luteranas o simplemente librepensadoras, al parecer, no prestan el menor concurso a la preparación de milagros.

Ya me veía yo a brazo partido con un cetáceo colosal por esas olas de Dios, cuando me imaginaba que caía en el mar.

UNA noche sobre todo, ¡qué espanto!

El viento había comenzado a soplar fuertemente desde por la tarde. "Ha refrescado un poco", dijo el comandante. ¡Maldito vocabulario el de esos marinos! llamar refrescar un poco cuando el buque anda dando tumbos, sacudido por las olas, y los pasajeros como pelotas, de banda a banda, renegando contra los fenicios que inventaron la navegación y contra el sandio que aplicó el vapor a la tortura del mareo.

Durante las primeras horas de la noche continuó refrescando y a eso de las doce el refrescamiento llegó a tal grado que no había a bordo cosa con cosa. Bien acuñado por varias pilas de almohadas, tramitaba yo el escaso pedacito de sueño que las circunstancias me permitían, cuando llegaron a mis oídos los clamores de los pasajeros, los llantos de las criaturas y los juramentos de los marineros.

El buque estaba domando un caballo salvaje; el mar hecho una furia lo alzaba en la montaña de sus olas y lo hundía repentinamente en el abismo. El cielo estaba negro como una casa mortuoria, el huracán silbaba en las cuerdas, la armazón del casco crujía y se quejaba como un agonizante martirizado.

Las aguas trepaban sobre cubierta y se estrellaban en las ventanas circulares de los camarotes que con sus gruesos vidrios y sus formidables cerrojos, apenas resistían el empuje desenfrenado. Un combate violento se empeñaba entre el buque y el mar; las puntas de los mástiles parecían a veces prepararse a ensartar las masas líquidas que los atropellaban; mil trombas juntas semejaban haberse dado cita para destrozarlo todo;

la hélice giraba en el vacío fuera del lugar de su trabajo, modulando tonos ásperos y huecos; los fuegos de las hornallas amenazaban apagarse; las olas convertidas en arietes atronaban con sus golpes furibundos y trepando sobre la borda, parecían asomarse a mirar por todos los resquicios cuanto pasaba en los compartimientos.

Los animales en sus jaulas lanzaban gritos afligentes anunciando el fin de sus días. El terror estaba pintado en todos los semblantes; el comandante y los oficiales permanecían mudos y sordos ante las preguntas de los pasajeros.

LA bodega estaba casi llena de agua, las bombas de vapor y de mano hacían un trabajo estéril, la tormenta había venido de sorpresa y no dió tiempo a cerrar las bocas de carga; el agua entraba hasta por los ventiladores de las máquinas; dos o tres hombres habían sido barridos a la mar. Todo rugía, golpeaba, crujía, silbaba, tronaba entretanto que el barco bailaba una danza espantosa en medio de la triste y repentina tragedia. Ni un átomo de luz en el horizonte, ni un segundo de reposo en el mar que parecía recibir refuerzos por momentos, al mismo tiempo que cada soplo nuevo del huracán anunciaba que el grueso de la tormenta venía en marcha.

Ni una chispa luminosa en el firmamento, ni el pretexto de una esperanza en el alma.

CONTRA la borda los marineros en medio de la borrasca que los entorpecía y los cegaba, se afanaban en preparar los botes y aparatos salvavidas; la obscuridad era intensa; las linternas a pesar de sus reflectores, no alcanzaban a disiparla; sus rayos penetraban apenas algunos centímetros, disolviéndose en seguida en la compacta espesura; la noche densa se los tragaba sin dejar ni la penumbra. Todo se hundía, vacilaba, claudicaba, en un ambiente helado, negro y fantástico. Los preparativos, los ruídos, los sacudimientos, los esfuerzos de la máquina y la lucha del pobre timón estropeado, los gemidos de los cables y el

aleteo de los jirones de las olas, todo, en fin, aterrorizaba en aquel lamentable escenario.

Las horas pasaban en mortal zozobra y todo continuaba golpeando, tronando, silbando, rugiendo como mil fieras enjauladas y celosas.

Todo estaba roto, descompuesto, inobediente, comenzando por el timón y concluyendo por la brújula.

A alguien se le ocurrió rezar, y a la luz de la lámpara ahorcada como un ajusticiado y columpiándose en extensas oscilaciones, se arrodillaron los pasajeros y encomendaron su alma a Dios.

Al levantarse, un terrible estallido, semejante a la explosión de una granada colosal los dejó estáticos; un grito de espanto se oyó en seguida; las mujeres comenzaron a llorar abrazadas de sus hijos, hermanos y parientes.

La lámpara dió su último columpio y haciéndose pedazos en su caída dejó de alumbrar el recinto: todo quedó en tinieblas...

El comandante, un agradable caballero, instruído,—que conoce los mares como la palma de sus manos, porque ha viajado en todo el mundo,—hombre sereno y contenido, bajó al recinto donde estaban reunidos todos los pasajeros. Su aparición nos alarmó más aún; le notaba conmovido, y, a pesar de sus esfuerzos, la inquietud estaba pintada en su rostro. Con voz un tanto temblorosa, nos dijo: "Es necesario que cada uno tome de sus camarotes los objetos de más valor que quiera conservar y los asegure contra su cuerpo, bien atados; vamos a embarcarnos en los botes, porque el "Orenoque" está en peligro"... Nadie puede imaginarse el efecto de semejante noticia. Los pasajeros obedecieron la indicación silenciosamente, y el recinto quedó desierto; afuera el rumor de la tempestad continuaba, uniéndose el ruído a los preparativos para echar los botes al agua. Pronto todo estuvo listo; fuimos llamados a cubierta para pasar a los botes como pudiéramos. Las pequeñas embarcaciones subían y bajaban al costado del buque golpeando sus flancos y tironeando las amarras; era imposible trasbordarse sin riesgo de la vida. Los marineros comenzaron a tirar los pasajeros

a los botes, como si fueran objetos: primero las mujeres, después los niños, que eran barajados por sus madres.

EN los momentos de grande peligro una especie de inconsciencia estoica se apodera de uno, de lo que resulta un semiaplomo salvador de que nos dota la Divina Providencia, que para algo ha de servir. Cada padre, madre, marido, hermano o pariente, veía pasar volando a su hijo, su mujer, su hermana o su amigo, del buque al bote, arrojado por un marino y recibido por otro, sin aparente conmoción. Los ojos estaban secos, el pecho oprimido, los semblantes pálidos, la sangre parecía haberse retirado de los capilares para buscar refugio en el interior de las entrañas. Una orquesta de rumores sordos, de golpes y de estremecimientos acompañaba las angustias supremas en el confín de la vida. La tragedia era interesante; cada uno habíase convertido en el espectador de su propio desastre y del de sus compañeros. La imaginación, que siempre está fotografiando, aún en la cabeza del que sube al cadalso, recogía las escenas fantásticas de ese embarco temerario, en que se veía a los que ya estaban en los botes, tan pronto a la altura de los mástiles, como al nivel de la quilla del navío.

CUANDO me tocó el turno quise pasar aprovechando un momento en que el bote se ponía cerca de la borda; no acerté a hacerlo, mi pie encontró el vacío y luego sentí una presión extraordinaria en la rodilla que había sido tomada entre las dos embarcaciones... Después, como entre sueños, sentí el ruído de un cuerpo que caía en el agua; mis ojos no vieron más que sombras; me helaba; me moría... me ahogaba. Probablemente me desmayé... ¡Un terrible campanilleo resonó en mis oídos! ¡El timbre me pareció conocido!... ¡Llamaba a tomar el te un mozo de comedor, campanero más diestro que Cuasimodo!...

Cómo, me dije, ¿también dan te en el otro mundo? pues no podía comprender que las escenas tan vivas de la tormenta no fueran reales.

LA máquina seguía con su monótono compás, cantando por lo bajo su ópera eterna y anunciando que no había cesado de andar en toda la noche. Una brisa ligera entraba por la ventana; el mar continuaba cosido al horizonte; ningún buque estaba a la vista y un mundo de almohadas comenzó a llover de mi camarote.

Al fin y al cabo había visto una tempestad siquiera en sueños, para que la uniformidad del viaje, con menos accidentes que haya habido, fuera destruída.

CHAICA Y CIKAIA

Del cómo y del porqué escribí yo en mi tesis sobre el hipo cierto párrafo acerca de las rubías y la conexión de este asunto con las carreras de Moscú.

EL caballo de nuestro conocido se llamaba Chaica, que quiere decir cigüeña u otro pájaro canilludo de esos de laguna, con pico largo y aire melancólico. Item más: Chaica no era caballo, sino yegua de cabeza chica y descarnada, patas y manos finas como las de una dama distinguida, ojos vivos, delgada de cuerpo, esbelta y aire entre resuelto y modesto. Chaica era un animal simpático; así nos pareció a lo menos al verla aparecer en la pista yendo y viniendo, en esos preparativos interminables de las carreras, muy explicables para los entendidos e interesados, pero muy aburridos para el público.

La pobre Chaica tenía que saltar más de veinte obstáculos en tres vueltas del circo; era un exceso. Cada día los aficionados a las carreras se hacen más salvajes. En Bélgica hacía pocos días que dos oficiales de los más distinguidos se habían roto el pescuezo, quedando muertos en el hipódromo; sus cuerpos fueron levantados y las carreras continuaron ante los diez mil espectadores, como si nada hubiera sucedido.

Felizmente para la moral y la cultura, el gobierno belga ha prohibido las carreras ultrapeligrosas. Entretanto, en otras partes se intenta, dicen, hacerlas todavía peores, llegando en el camino de las locuras, hasta pensar en esparcir hojas de col en la pista tras de cada obstáculo para que los caballos resbalen y manden al diablo a sus jinetes, yendo ellos mismos a parar al otro mundo, con permiso del padre Astete, quien no admite la inmortalidad para los brutos.

Sin embargo, en este caso, difícil le sería al Padre Eterno saber cuáles eran los brutos, si los caballos, for-

zados a descuartizarse, o los hombres, inventores de tales atrocidades.

La carrera de Moscú no era muy peligrosa; los obstáculos, si bien numerosos, no ofrecían nada de extraordinario, sin ser por eso un juguete.

De quince competidores apuntados, sólo cinco se presentaron; animales de raza también, y dignos de luchar con Chaica. La carrera comenzó bien para la yegua de nuestro amigo; pero a la mitad un caballo negro pasó adelante. Antes de concluirse, cayó uno de los jinetes sin saberse por qué, en el espacio entre dos obstáculos. Chaica entró segunda después de haber saltado sin dificultad las barreras.

Grandes aplausos en el palco. El caballo vencedor, según la costumbre rusa, debe ser paseado por su dueño a lo largo de la línea de espectadores. Así se hizo en todas las carreras.

Los dueños, con un aire modesto, sombrero en mano, para contestar los saludos, y llevando a su caballo de la brida, caminaron de ida y vuelta por delante de la tribuna.

No fué muy bullicioso el entusiasmo, pero sí muy verdadero; las niñas y señoras no economizaron sus aplausos.

Una joven que con otras ocupaba un palco, junto al nuestro, mostraba tener sumo interés por los caballos, creo, no por los jinetes; aplaudía a veces vigorosamente o dejaba caer los brazos con desgano, según los accidentes de la carrera. Yo me entretuve en mirarla y veía las escenas del hipódromo a través de las impresiones de la niña, embellecidas como las imágenes de un espejo.

De pronto me asaltó un recuerdo: "Yo he visto antes esa cara — pensé;—¿pero dónde? Ya caigo; en mi tierra, en mi barrio. Es Filomena, la de mi tesis..." Y en un instante, con aquella rapidez del pensamiento que concentra diez años de vida en un segundo, sin dejar un detalle, vi una época entera del pasado, que contada parecería una eterna digresión en este sitio, pero que en mi mente sólo fué un relámpago...

"Eva brota en la tierra con el cielo por techo y la yerba por alfombra. Su larga cabellera, rubia como el oro, cae en ondas sobre sus hombros mórbidos y jugando con el viento, descubre, de tiempo en tiempo, lampos de carne blanca como la nieve y ardiente como el sol.

"Sus besos son sabrosos y sus miradas, de ternura y de pecado; los efluvios de su pasión recién despierta inducen y contagian las ondulaciones de su deleite interno, reflejando sobre su propio seno los estremecimientos de un desmayo.

"Ella es la cuna del linaje humano que se renueva regada por su sangre, y en sus ojos serenos y en sus labios amantes tiene luz y calor para proteger, en este mundo frío, el cuerpo endeble del recién nacido."

¿Eran estos los párrafos de mi tesis? No podía ser. ¡Cómo me habría yo aventurado a presentar tales atrevimientos ante académicos provectos, castos y religiosos!

Mi memoria no me era fiel, sin duda .Yo solía recitar mis párrafos inoportunos con cierto amor propio de literato novicio y desvergonzado; y ahora los desconozco. Quizá el sentido era el mismo en el original... pero, ¿la forma?... He ahí los inconvenientes de andar uno sin su tesis (preconizo esta observación filosófica ante los viajeros).

EVA... yo la puse Eva a causa de la Facultad, pero era Filomena... Vivía en la calle de... un general cualquiera sudamericano, héroe por lo tanto... cerca del hospital.

Señas particulares: edad 17 años; manos muy grandes, como las de todas las mujeres lindas que yo he conocido; pelo rubio; ojos azules muy obscuros; cejas y pestañas pobladas y de un castaño intenso, casi negro (contraste adorable); boca y todo lo demás como para satisfacer cualquier ambición. Sólo el nombre me incomodaba un poco: Filomena... ¡Un error irremediable en su bautismo!

Yo tenía por ella una de esas pasiones irracionales de los veinte años, caracterizada por las equivocaciones siguientes:

Ella era una mujer excepcional.

Me adoraba.

Había fidelidad en este mundo.

Mi amor para ella no tenía límites.

El mismo duraría eternamente.

Si ella faltase se acabaría el universo.

La vida sin ella era incomprensible.

Yo no debía dormir ni comer a causa de ella.

Era justo que yo trotara leguas con ella.

Soñaba con ella, deliraba con ella.

Ella estaba para mí en todas partes, hasta en el anfiteatro.

Si asomaba la cabeza al broquel del pozo de mi casa, la descubría en el fondo; y si miraba al cielo, Canopus, Saturno, Júpiter, Sirio, Aldebarán, la Cintura de Orión, X y-Tucana, Alfa-Centauro y hasta las Osas mayor y menor me parecían Filomena.

Le dedicaba todos mis pensamientos y en mi manual de terapéutica puse su nombre entre los modificadores más eficaces del sistema nervioso.

¡Si estos no son los síntomas seguros de la enfermedad conocida con el nombre de amor verdadero, venga Dios y lo diga!

Con tales antecedentes, ¿cómo iba yo a dejar de consignarla en mi tesis?

Era difícil, sin embargo, hacerlo, tratándose del Hipo, accidente respiratorio, y de Filomena, cuya tocaya, la santa de su día, no murió de semejante afección; sino de síncope, en un concierto de aficionados, según lo llegué a saber en el curso de mis investigaciones para hacerla figurar entre mis casos prácticos.

Por suerte, Eva fué mujer y lo probó suficientemente; y aun cuando según mis cálculos, por el hecho de vivir a la intemperie, nuestra fecunda madre debió ser una india bastante morena, de cabello negro, duro y ordinario, como yo la necesitaba exquisita y delicada, la hice blanca, rubia, débil, sensible, sujeta a las enfermedades propias de su temperamento y una vez en este camino poco me costó encontrar antecedentes para suponerla histérica (recuérdese el asunto de la manzana) y el histerismo como se sabe... etc., etc., de ahí el hipo, naturalmente... y la rubia de mi barrio entró triunfante en mi tesis con todo lo que yo quise inventarle.

MAS tarde,— ¡pobre Filomena!— renunciando a los idealismos de un amor universitario, platónico e intrascendente, se casó con un estanciero del

sur, buen hombre, casi analfabeto; excelente, por lo tanto, para marido, y ahora tiene once hijos, uno de los cuales debe llamarse Eduardito, si la pérfida conserva en su corazón un átomo de nobleza y de gratitud para el estudiante que le consagró su afecto sincero y el párrafo más arriesgado de su último examen.

Su notable semejanza con la joven rusa, vecina del palco, me hizo evocar su imagen y su pequeño romance. Era ella misma transmigrada; había olvidado su idioma y sus amigos, los años no habían pasado y nada más. Ya no me conocía, y yo, al verla trasplantada y desposeída de su propio ser, sentí una compresión mortificante.

¡Qué encantos tiene una mujer que se parece a otra!

PERO dejando a un lado locuras y fantasías, dígolo ingenuamente, no esperaba encontrar en el centro de Rusia una criatura tan linda y tan graciosa. Para que nada le faltara, sus hermanas eran feas; hermanas digo refiriéndome a sus compañeras de palco, por estas razones: por ser parecidas a ella como una caricatura a un retrato; por tener las orejas iguales (entre los hombres como entre los perros el parentesco se hace patente en las orejas): porque el timbre de su voz era semejante, y, en fin, por la similitud de los trajes; las tres estaban vestidas de verde, pero el verde de la bonita era un verde... ¿cómo diré?... era el verde de ella; los colores cambian de color según la belleza de la mujer que los lleva.

Tenía un vestido alto; no muy alto, sin embargo, pues dejaba ver bien el cuello y unos cuantos centímetros cuadrados del pecho; un pecho blanco, lleno, duro, sin poros, satinado como papel de tarjeta.

La angosta cinta de terciopelo que limitaba el corte del vestido en las peligrosas vecindades de su cuello, parecía tener miedo de tocarle la carne y a cada respiración se levantaba en pequeñas ondas, dejando adivinar una cavidad llena de perfumes; sí, llena de perfumes, porque después, cuando la cinta bajaba, al acercarse el género al busto de la joven, el efluvio humano, femenino, de vitalidad abrigada, se escapaba del espacio entre el seno y la ropa, viniendo a marear a los vecinos del palco.

Nosotros entretanto no habíamos ido al hipódromo a mirar a la preciosa criolla, sino a ver las carreras. Ella parecía saber que gustaba, y una vez advertida del hecho, por aquella facultad que tienen las mujeres de adivinar cuando son miradas, su amor propio halagado la puso todavía más linda. Un hoyito, visible en un lado de su boca mientras estaba seria, se mostró muy acentuado desde que comenzó a sonreirse, y como por encanto, unos dientes chiquitos, brotando unidos de las duras encías, iguales, blancos, cubiertos de un brillo acuoso como si hubieran sido bañados en leche, afilados y nuevos, prontos a morder todas las frutas sabrosas de la tierra, se entregaron a la tarea de exhibirse al menor pretexto.

¡Qué capricho! Si yo fuera uno de esos dientes, preferiría quedarme escondido dentro de su boca, rogándole que se mantuviera bien cerrada, para no perturbar a los mortales.

Sus labios no eran precisamente unos labios clásicos; eran semialdeanos, pero refinados; algo gruesos, totalmente forrados en una hoja de rosa tenue, con humedad de rocío; bien cortados, eso sí, en curvas voluptuosas de sensualidad distinguida. No se comprende cómo puede haber tanta seducción en una línea curva que marca el corte de la boca de un maestro de escuela y la de una boca femenina de cualquier mujer hermosa; son en cuanto a curvas, esencialmente iguales; ¿por qué no preferir la del maestro de escuela?

NO quiero entrar a describir minuciosamente las facciones de la famosa rubia moscovita, porque cada uno de ustedes ha de creer que describo las de su novia, de su amada o de su mujer, y aquí toco los límites de lo inverosímil; pero les ruego se sirvan tratar de representarse una fisonomía de joven basándose sobre los siguientes datos si quieren tener una buena visión:

Ojos azules, enormes, que tardan un día en abrirse para mostrar en el invernáculo de su pupila obscura un almácigo de ternuras; gallardamente extendidos dos arcos poblados, largos y finos como límite superior de una frente no muy alta, limpia, cubierta con piel sua-

ve, blanca, semisonrosada; una frente melancólica (no sé cómo puede haber frentes melancólicas, pero las hay); una boca,—no dos,—alegre, risueña, un tanto burlona; y a partir de la frente, un trigal de cabellos de inconmensurable abundancia, donde podría perderse una manada de elefantes.

Además la muchacha se llamaba Cikaia... Para tener la audacia de llamarse Cikaia se necesita ser realmente linda y Cikaia, lo juro por esta cruz, lo era tan de veras, que su existencia en este mundo constituye un anacronismo, pues a tener buen gusto el Padre Eterno, la habría llevado al cielo en calidad de ama de llaves.

Un tonto, que a mí me pareció muy desagradable, un primo cualquiera, entró al palco de la joven y tuvo la osadía de tomarle la mano y besársela allí, delante de todos, a nuestras barbas, so pretexto de ser esa una costumbre rusa. Además, el maldito no dejaba de llamarla Cikaia arriba y Cikaia abajo, como si ese nombre hubiera sido hecho para él solo.

Y la muy descocada de Cikaia, bañándolo con su mirada azul y sonriéndole con la mitad izquierda de su boca (un rinconcito delicioso formado por los extremos irritantes de sus labios), emitía a cada momento unas palabras silbadas que debían tener muchas eses o querían decir probablemente sí, a todo cuanto el bandido proponía.

Concluídas las carreras, la misma Cikaia cometió la torpeza de tomar el brazo del joven, apoyarse en él fuertemente, inclinar la cabeza sobre su hombro y ponerse a hablarle al oído, siempre con un montón de eses, y poniendo una cara de querubín que Dios confunda!

Mis compañeros de palco quedaron literalmente tantalizados; recomiendo el nuevo verbo a esos dos caballeros que están peleándose en Buenos Aires por saber si los sudamericanos tienen derecho de inventar palabras para enriquecer la lengua castellana.

CON la desastrosa retirada de Cikaia, no se habló de Chaica, de oficiales rusos, de saltos, ni de carreras. Los cerebros habían quedado poblados de Cikaias rubias y ajenas (llamo la atención sobre esta última calidad).

VIDA MODERNA

DE VERANEO

RIO IV, etcétera. — Mi querido amigo: Por fin me encuentro solo con mi sirviente y la cocinera, una señora cuadrada de este pueblo, muy entendida en política y en pasteles criollos.

Ocupo una casa vacía que tiene ocho habitaciones, un gran patio enladrillado y un fondo con árboles y con barro. Tengo dos caballos de montar y uno de tiro. Mi dotación de amigos es reducida; total: dos viejos maldicientes. He traído libros y paso mi vida leyendo, paseando, comiendo y durmiendo. Esto por sí solo constituye una buena parte de la felicidad; el complemento ¡quién lo creyera! se encuentra también a mi alcance, aquí, en este pueblo solitario y en esta casa medio arruinada y desierta.

SOY completamente feliz! Básteme decirte que nadie me invita a nada, que no hay banquetes, ni óperas, ni bailes, y, lo que parece mitológico en materia de suerte, no tengo ni un bronce, ni un mármol, ni un cuadro antiguo ni moderno; no tengo vajilla ni cubiertos especiales para pescado, para espárragos, para ostras, para ensalada y para postre; ni centros de mesa que me impidan ver a los de enfrente; ni vasos de diferentes colores; ni sala, ni antesala, ni escritorio, ni alcoba, ni cuarto de espera; todo es todo; duermo y como en cualquier parte; el caballo de montar entra a saciar su sed al cuarto de baño, en la tina, antes

que yo me bañe, con recomendación especial de no beber de a poquitos, ni dejar gotear en la bañadera el sobrante del agua que le queda en el hocico.

RECUERDO que cuando era niño conocí un señor viejo, hombre importante, acomodado, instruído y muy culto. Pues el viejo no tenía en su cuarto de recibo sino seis sillas, una mesa grande con pies torneados, gruesos y groseros, cubierta con una colcha usada, sobre la que estaba el tintero de plomo con tres agujeros en que permanecían a pique tres plumas de pato o ganso. Había además papeles, libros, tabaqueras, anteojos y naipes. De noche se reunían allí los hombres más notables del pueblo: el cura, el corregidor, el juez de letras, el tendero y otros ilustres habitantes. Allí se hablaba de la política, de la patria, de la moral y de la filosofa, tópicos que ya no se usan. Concluída la tertulia el viejo se retiraba a su dormitorio, en el que no había sino una cama pobre, una mesita ética, una silla de baqueta, un candelero de bronce con vela de sebo, una percha inclinada como la torre de Pisa, que se ladeaba más cuando colgaban en ella la capa de su dueño, y por todo adorno en las paredes, una imagen de San Roque, abogado de los perros. A pesar de esta ausencia de moblaje que escandalizaría hoy al más pobre estudiante, el viejo era muy considerado, muy respetado y vivía muy feliz; nada le faltaba.

¡Dime ahora lo que sería de cualquiera de nuestros contemporáneos en tal desnudez! Cuando me doy cuenta de lo estúpidos que somos, me da gana de matarme.

POR eso me gusta el poeta Guido Spano.

La semana pasada lo encontré en la calle y le dije:

—¿Cómo le va?, tanto tiempo que no lo veo; ¡usted habrá hecho también negocios!

—No, me contestó, soy el hombre más feliz de la tierra; me sobra casa, me sobra cama, me sobra ropa,

me sobra comida y me sobra tiempo; no tengo reloj y no se me importa un comino de las horas!

Con tamaña filosofía ¡cómo no había de estar ese hombre contento!

En una ocasión me acuerdo haberlo visto en cama enfermo de reumatismo y tocando la flauta con un pequeño atril y un papel de música por delante. Nunca he sentido mayor envidia por el carácter de hombre alguno.

A mí también aquí en Río IV me sobra de todo, pero no tengo flauta, ni atril, ni sé música.

¿Sabes por qué me he venido? Por huir de mi casa donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala parecía un bazar, la antesala ídem, el escritorio ¡no se diga!, el dormitorio o los veinte dormitorios, la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió. No había número de sirvientes que diera abasto; la luz no entraba en las piezas por causa de las cortinas; yo no podía sentarme en un sillón sin hundirme hasta el pescuezo en los elásticos; el aire no circulaba por culpa de los biombos, de las estatuas, de los jarrones y de la grandísima madre que los dió a luz. No podía comer; la comida duraba dos horas porque el sirviente no me dejaba usar los cubiertos que tenía a la mano sino los especiales para cada plato. Aquí como aceitunas con cuchara, porque me da la gana y nadie me dice nada ni me creo deshonrado.

MIRA, ¡no sabes la delicia que es vivir sin bronces! No te puedes imaginar cómo los aborrezco. Me han amargado la vida y me han hecho tomarle odio. Cuando era pobre admiraba a Gladstone; me extasiaba ante la Venus de Milo; me entusiasmaba contemplando las nueve Musas; tenía adoración por Apolo y me pasaba las horas mirando el cuadro de la Virgen de la Silla.

Ahora no puedo pensar en tales personajes sin encolerizarme. ¡Cómo no! Casi me saqué un ojo una noche

que entré a obscuras en mi escritorio, contra el busto de Gladstone; otro día la Venus de Milo me hizo un moretón que todavía me duele; me alegré de que tuviera el brazo roto. Después, por impedir que se cayera la Mascota, me disloqué un dedo en la silla de Napoleón en Santa Elena, un bronce pesadísimo, y casi me caí enredado en un tapiz del Japón.

Luego, todos los días tenía disgustos con los sirvientes.

Cada día había alguna escena entre ellos y los adornos de la casa.

—Señora, — decía la mucama — Francisco le ha roto un dedo a Fidias.

—¿Cómo ha hecho usted eso Francisco?

—Señora, si ese Fidias es muy malo de sacudir.

Otra vez dejaba Fidias de ser maltratado y aparecía el busto de Praxiteles sin nariz. Francisco se la había echado abajo de un plumerazo; o bien le tocaba el turno a Mercurio que se quedaba cojo de algún porrazo; ya sabes que Mercurio tiene un pie en el aire.

Bismarck, el rey Guillermo y Moltke, en barro pintado, se han escapado hasta ahora casi ilesos, gracias a que su pequeña estatura les permite esconderse tras del reloj de la casa. Pero un gran elefante de porcelana cargado de una torre, pierde cada ocho días la trompa que le vuelven a pegar con goma.

Otro día, se le ocurre al mismo Francisco limpiar con kerosene el cuadro del Descendimiento.

En fin, he pasado estos últimos años en cuidar jarrones, cortinas, cuadros, relojes, candelabros, arañas, bronces y mármoles y en echar gallegos a la calle con plumero y todo, para que vayan a romperle las narices a su abuela.

NO te puedes imaginar los tormentos que he sufrido con mis objetos de arte; básteme decirte que muchas veces al volver a mi casa he deseado en el fondo de mi alma encontrarla quemada y hallar fundidos en un solo lingote a Cavour, a la casta Susana, al papa Pío IX, a madama Recamier y otros bronces notables de mi terrible colección.

¿Y las flores, las macetas, los ramos, los árboles

enteros que mandan a casa y que la señora coloca en mi estudio como si tal cosa? El patio es un bosque; creo que hay en él toda la flora y fauna argentinas: leones, tigres y millones de sabandijas. Los cactus no me dejan ir a mi cuarto; me enredo en los helechos, y unos malditos arbustos que hay con puntas y que están ahora de moda, tienen obstruída la puerta del comedor, al cual no se puede entrar sin careta, a menos de exponerse a perder un ojo. Ya estuve a punto de quedarme tuerto, a causa de un alisum espinosum.

—Mire, Juan — le dije un día al portero. — Al primero que venga aquí con árboles, con bronces o con vasijas de loza, péguele un balazo. Ya no hay donde poner nada; para pasar de una pieza a otra es necesario volar. Uno de mis amigos, muy aficionado a los adornos, ha tenido que alquilar una barraca para depositar sus estatuas y sus cuadros. Yo tengo una estatua de la Caridad que es el terror de cuantos me visitan; no sé que arte tiene para hacer que tropiecen con ella. En casa de otro amigo se perdió hace poco una criatura que había ido con su mamá. Cuando ésta quiso retirarse se buscó al niño en todas partes sin hallarlo; al fin se oyó un llanto lastimero que parecía venir del techo y voces que decían: "¡Aquí estoy, aquí estoy!" El pobre niño se había metido en un rincón del que no podía salir, porque le cerraban el paso un chifonier, dos biombos, una ánfora de no sé dónde, los doce pares de Francia, ocho caballeros cruzados, un camello y Demóstenes de tamaño natural en cinc bronceado.

¡Vaya usted a limpiar una casa así! Lo primero que se me ocurre al entrar a un salón moderno es pensar en un buen remate o en un terremoto que simplifique la vida.

TENGO intención de pasar aquí una temporada, y estaría del todo contento si no fuera la espantosa expectativa de volver a mi bazar. Algunas noches sueño con mis estatuas y creo que sabiendo ellas el odio que les tengo, me pagan en la misma moneda y me atacan en mi cama. Hasta he pensado alguna vez en fingirme loco; arrojar a la calle por la ventana los

bustos de los hombres más célebres, los cuadros, las macetas, las arañas y los espejos. En fin, tengo un consuelo: no ocurre casamiento, cumpleaños o bautismo en casa de amigos, que no me proporcione el placer de soltarle al beneficiado algún león de alabastro, un oso de bronce o los gladiadores de hierro antiguos. ¡A incomodar a otra parte, y allá se las avengan el novio, el bautizado o el que festeja un aniversario!

Excuso decirte que cuando un sirviente torpe echa abajo un armario lleno de loza y cristales no quepo en mí de contento.

Escríbeme pronto y no te olvides de comunicarme en el acto, si por acaso quiebra la casa de Lacoste o la de algún otro bandolero de su estirpe.

Te recomiendo además que si puedes hacerme robar durante mi ausencia algunos pedestales con sus correspondientes bustos, varios cuadros y todos los muebles de mi escritorio, no dejes de hacerlo.

Sobre todo, por favor, hazme substraer las palmeras que obstruyen los pasadizos y el alisum espinosum que está en la puerta del comedor y al cual profeso la más corrosiva ojeriza.

En último caso, puedes recurrir al incendio; ¡te autorizo!

—Tu amigo — Baldomero Tapioca.

P. D. — Si el día 1.° de año me mandan tarjetas de felicitación, cartas o telegramas, toma todo ello del escritorio, haz un paquete y mándalo a Francia, dirigido al presidente Carnot, con una carta insultante, diciéndole que su nación tiene la culpa de que, a más de todas las mortificaciones criollas que soportamos, tengamos todavía que aguantar la moda francesa de las felicitaciones de año nuevo.

INDICE

PÁGS.

MAR AFUERA 3

CHAICA Y CIKAIA 18

VIDA MODERNA 25

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

1.	ALMAFUERTE	Evangélicas
2.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
3.	JUAN B. JUSTO	Labor Periodística
4.	JUAN PEDRO CALOU	Breviario de los Tristes
5.	LAO - TSÉ	El Libro del Sendero y de la Línea Recta
6.	RUBÉN DARÍO	Cabezas
7.	OSCAR WILDE	Balada de la Cárcel de Reading
8.	LEOPOLDO LUGONES	Cuentos
9.	EDGAR POE	Las Campanas y otros poemas
10.	JOSÉ INGENIEROS	Psicología de la Curiosidad
11.	CLEMENTE ONELLI	Aguafuertes del Zoológico
12.	ANDRÉS TERZAGA	Líneas

AÑO SEGUNDO

13.	RAFAEL ALBERTO ARRIETA	Canciones y Poemas
14.	ALMAFUERTE	Amorosas
15.	E. HERRERO DUCLOUX	Del Diario de mi amigo
16.	JOSÉ ENRIQUE RODÓ	Parábolas
17.	M. MEDINA BETANCORT	Meditaciones
18.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
19.	MARIANA ALCOFORADO	Cartas Amatorias
20.	GIOVANNI PAPINI	La oración del buzo
21.	JOSÉ INGENIEROS	La intimidad sentimental
22.	FRAY MOCHO (José S. Alvarez)	Cuentos
23-24.	RAFAEL OBLIGADO	Santos Vega

AÑO TERCERO

25.	JUAN MONTALVO	Prosas
26.	GIOSUÉ CARDUCCI	Odas Bárbaras
27.	AGUSTÍN ALVAREZ	Ensayos y Anécdotas
28.	ANTON CHEKHOFF	Ojos con Sueño
29.	GOYCOECHEA MENÉNDEZ	Páginas Selectas
30.	ANATOLE FRANCE	Crainquebille
31.	FERNÁNDEZ MORENO	Antología (1915-1918)
32.	EDUARDO WILDE	Mar Afuera

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 114886390

Cuaderno de próxima pu

TIERRA VIRGEN

POR GABRIELE D'ANNUNZIO

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE $ 1.50 m/n. — AÑO $ 3.00 m/n
Número suelto 0.25 centavos
„ atrasado 0.40 „

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178** — BS. AIRES.